ideas, nuestros sistemas, nuestras preocupaciones, nuestras utopias y una cierta direccion intelectual que nunca tuvieron, y que nosotros mismos no teniamos hace diez años. La confusion de dictámenes se nota en este punto como en tantos otros : así hay algunos que pretenden que Robespierre era agente asalariado de los Borbones y la Inglaterra; otros que aspiraba sin rebozo á la dictadura; ciertas personas dicen que intentaba restablecer la igualdad absoluta, mientras que no falta quien asegure que su solo placer era bañarse en la sangre como la hiena; y varias personas, afectando un aire profundo, frunciendo las cejas y meneando la cabeza, dicen que Robespierre jamás fue comprendido, dejando así la puerta abierta á toda clase de hipótesis.

Ya que todo el mundo manifiesta su parecer, tambien me será permitido á mí el emitir el mio, y diré en consecuencia que, si he comprendido bien el sentido de sus últimos discursos en la Convencion, Robespierre, en mi concepto, estaba á punto de detener el carro del terror en el declive de la Revolucion; pero puede caber error en este juicio, pues no soy publicista de imaginacion, ni pretendo imitar esos comentadores que, en su delirio por la antigüedad, prestan á Virgilio y Homero artificios de estilo y melodias que ni aun siquiera hubieran sospechado ambos estos inmortales poetas. Del mismo modo los publicistas de imaginacion atribuyen á Robespierre y á Saint-Just planes enteramente organizados de reforma social y nivelamiento democrático que ni aun dejan traslucir sus discursos; sin acertar á comprender que todos esos conductores de revolucion empiezan por asaltar el gobierno existente, y despues, si resisten sus adversarios los arrojan desde los muros al foso. Tales hombres son meros agentes de la Providencia de que se creen ser motores, y se hallan encadenados por la sucesion de los hechos y la lógica de los principios que los arrastra sin que lo adviertan, y los conduce mas lejos de lo que quisieran, y á regiones que desconocen.

Robespierre y Saint-Just veian la naturaleza como se ve en la escena teatral, al traves de una óptica pastoral, con armoniosos coros de ancianos y castas doncellas. Ambos meditaban especulativamente sobre la libertad y la igualdad, con menos elocuencia que Rousseau, pero con mas pedagogía; y, como organizadores, no excedian al nivel de los demás miembros de la Montaña, demasiado atentos á deshacerse de sus enemigos y defenderse á sí mismos para pensar en otra cosa. Tanto en uno como en otro, la

accion absorbia el pensar, el presente el porvenir; la Revolucion semejante á un torrente, los arrastraba en su curso impetuoso, y no hay que olvidar que no se funda un edificio en la corriente sino en la orilla.

Sea como fuere, lo que no admite duda, y tal es lo que nos importa, es el prodigioso sacudimiento que dió al mundo el coloso francés, cuando, rompiendo las cadenas de la monarquía política, se levantó y elevándose á toda su altura, empezó su marcha de fuerza y libertad.

Del mismo modo que los metales mas heterogéneos se disuelven y aglutinan en el crisol bajo el fuego de una fragua ardiente, tal así, bajo el poderoso soplo de la Convencion, se unieron y combináronse en un solo cuerpo las provincias de Francia mas diversas entre sí. Cada aldea, desde los Pirinéos hasta el Rin, desde el Océano hasta los Alpes, cada fraccion del territorio, trabajada y removida hasta el fondo por los labradores revolucionarios, recibió y guardó las semillas de la libertad. El desprecio de la muerte, la grandeza trágica de los acontecimientos, el entusiasmo de la gloria, dieron un temple de increible energía á esas almas de acero, á las fuertes generaciones de nuestros padres. La Francia de aquel entonces no era mas que un campo, una fábrica de fusiles y cañones, un arsenal de guerra, una inmensa plaza de armas. Las madres ofrecian sus hijos á la patria, los esposos jóvenes se arrancaban de los brazos de sus tiernas consortes, legiones de soldados parecian salir del centro de la tierra, los cuales descalzos, casi desnudos, sin pan, y á veces sin pólvora, acometian á la bayoneta y dominaban los atrincheramientos y baterías enemigas. ¡Qué capitanes! Hoche, pacificador de la Vendée; Marceau, el héroe de Wissenburgo; Pichegru, rápido conquistador de la Holanda; Pichegru, que despues... pero en aquel entonces triunfaba en Nerwinde. A estos generales de la República debian pronto suceder los gloriosos mariscales del imperio, Ney, Soult, Murat, Massena, Lannes, Lefèvre, Davoust, Augereau, y superior á todos Bonaparte, superior tal vez á Napoleon. Ese jóven general de la Convencion, que, á la edad de veinte y cuatro años, hacia llover la metralla sobre los Ingleses desde la altura de los fuertes de Tolon, debia un dia hacer temblar la Europa bajo sus pasos, y sentarse ungido por el papa en el trono de los Césares. Esos soldados cubiertos de harapos, debian dar vuelta con su general, al mundo entero, acampar al pié de las Pirámides, conquistar la Ita-

lia, y, ceñidos de los laureles de Arcola, Abukir, Marengo, Austerlitz y de Iena, plantar sus águilas triunfantes en las torres de Viena, Lisboa, Roma, Amsterdan, Madrid, Berlin, Moscú. Esa nacion cuya ruina y repartimiento meditaban los extrangeros, debia ser pronto saludada por el gran emperador con el título de gran nacion. Al rededor de la Revolucion marchaban, como para servirle de cortejo magnífico, hombres de admirable genio, unos ilustres ya, otros próximos á serlo: en las ciencias, los Laplace, Lagrange, Biot, Carnot, Monge, Cuvier, Chaptal, Berthollet, Larrey, Pinel, Cabanis, Bichat, Dupuytren; en las bellas artes, los David, Gros, Girodet; en las letras, los Lebrun, Fontanes, Bernardin de Saint-Pierre, Chénier y Chateaubriand; en la política, los Talleyrand y los Sieyes; en la legislacion, los Cambacérès, Treilhard, Berlier, Zangiacomi, Daunou y Merlin; en la administracion, los Portalis, Defermon, Regnauld de Saint-Jean-d'Angely, Allent, Regnier, Thibeaudeau, Fouché, Real, Pastoret, Siméon, Boulay de la Meurthe.

Así pues la Convencion no reinó en una época vulgar y en generaciones sin virtud, sin genio y sin gloria; sino tuvo sus guerreros, sabios, artistas, estadistas y jurisconsultos. Tambien tuvo sus oradores.

Bajo el aspecto del arte, estilo, ciencia, disposicion, pruebas y método, no hubo ningun orador en la Montaña ó en la Gironda, que pueda igualarse á los de la Asamblea constituyente, ni á los príncipes de la tribuna actual.

Al contrario, bajo el punto de vista de los efectos oratorios, no me consta que ninguno de estos príncipes haya arrancado, á pesar de los maravillosos esfuerzos de su palabra, el menor voto á la tenacidad industrial y obtusa de nuestras Cámaras actuales, mientras que Robespierre, Barrère y sobre todo Danton, arrebataron mas de una vez los decretos de la Convencion con empeñada lucha.

Habia, en efecto, en la Convencion, hombres dotados de un poder de palabra extraordinario, mientras que en nuestros tiempos, solo vemos excelentes organistas, los mejores del mundo, pero productores de un vano sonido.

La elocuencia de aquellos tiempos era campanuda, hinchada, gigantesca como la Revolucion que defendia; mientras que la nuestra se presenta con las proporciones de esos Don Quijotes, largos de piernas, secos de brazos, que sirven de muestra en nuestras posadas de aldea; la elocuencia de los Convencionales olia á pólvora, la nuestra á cáñamo y remolacha; aquella preconizaba los intereses liberales, esta los materiales; la palabra de los revolucionarios era violenta hasta la acusacion y cínica hasta la injuria; la nuestra es burlona, enredada, locuaz é hipócrita; la suya llevaba á sus oradores á la pobreza, denunciaciones, ostracismo, prision y cadalso; la nuestra abre á los nuestros un camino florido que conduce á la opulencia y á los honores del ministerio.

Fuese dificultad de invencion, precedentes, ó educacion clásica, los republicanos de 1793 procuraron resuscitar Atenas, Esparta y Roma en sus costumbres, acciones y arengas. ¡Cosa rara! Los mas frenéticos demagogos, admiraban de un modo sincero las leyes, hábitos, trages, carácter, discursos, vida, y hasta la muerte de los aristócratas mas altaneros é insolentes de la antigüedad.

Los republicanos adoptaron el gorro griego, el peinado trenzado, las largas clámides; proscribieron las letras, único consuelo de las almas sensibles y delicadas; implacables condenaban sus amigos mas queridos, con la paternidad desnaturalizada de Bruto; profesaban por los reyes la saña enconada de Horacio Cocles; ofrecíanse á la muerte como víctimas expiatorias, abrianse las venas, despedazaban sus entrañas, sometianse impávidos á su suerte á la manera de Decio, Régulo y los senadores en tiempo de Tiberio y de Neron en Roma esclava; juraban morir en su asiento de representantes como los senadores romanos en sus sillas curules; amenazaban los dictadores de las Comisiones y Convencion con el puñal de Harmodio y la roca Tarpeya; afectaban la frugalidad de Cincinato y de los Espartanos; apuntaban el nombre de sus enemigos con tinta roja, en tablas de proscripcion, en conmemoracion de Sila; decretaban la inmortalidad del alma, teniendo presente á Caton moribundo; para no llevar calzones alegaban que nunca los llevó el demócrata Jesus; declaraban á sus enemigos fuera de la ley, como los Romanos prohibian á sus proscritos el uso de agua y de fuego; sofocaban la naturaleza, violaban la justicia, desencadenaban la libertad, y exageraban la misma virtud para asemejarse mas á los antiguos.

Tal es lo que concierne la parte exterior del discurso que se alimenta de formas, movimientos é imágenes; en lo tocante á lo que atañe á la política, filosofía, economía, derecho y deberes humanos, prevalecian los principios de Rousseau y de los enciclopedistas.

En la municipalidad de Paris, en el club de los Jacobinos, en las Comisiones del gobierno, en las sociedades populares, en las órdenes del dia del ejército, en las plazas públicas, al pié del cadalso, en una palabra en todas partes, dominaba el mismo fondo de ideas, la misma exaltacion, la misma grandeza, las mismas figuras, las mismas exclamaciones, las mismas imitaciones, las mismas apologías, las mismas denominaciones, el mismo lenguage.

En este drama revolucionario, en este espectáculo oratorio tan vivo, tan animado, tan ruidoso, tan terrible, todo se mezcla, todo se agita, todo se confunde, los clubs, los diputados, los peticionarios, el pueblo, tribunales, la silla presidencial, las tribunas; desde el techo hasta las puertas, en los corredores, dentro y fuera, todo desempeñaba un papel, todo era accion, combate, gritos, aplausos, murmullos. Las secciones armadas, instigadas y conducidas por gefes invisibles y desconocidos, invadian la Asamblea, hacian retroceder á los Convencionales, indicaban con el dedo los diputados sospechosos, y exigian que sin dilacion rodasen sus cabezas bajo la cuchilla de la ley.

¡Tiempos extraordinarios! ¡contraste singular! Esa Asamblea que desafiaba audaz á todos los monarcas européos, retrocedia amedrentada ante las amenazas de algunos denunciadores que arrojaban espuma de rabia, y llegaba su condescendencia, ó por mejor decir, su pusilanimidad, hasta concederles los honores de la sesion.

A veces acudian las mismas secciones á aguijonear la tardanza del mismo Robespierre, y no hallaban su Constitucion suficientemente democrática.

« Vosotros que habitais la Montaña, dignos descamisados (1), « ¿permanecereis siempre inmóviles en la cima de esa roca inmor- « tal? ¿Hasta cuando permitiréis que haya hombres indignos que « beban en doradas copas la sangre del pueblo? Alzaos, vigorosos « miembros de la Montaña, alzaos, y no termineis con ignominia « vuestra carrera. »

La Montaña se indignaba y devoraba el ultrage.

(1) Para evitar el neologismo que resultaria de la desinencia española á la voz *sans culottes* que emplea el autor, ó la traduccion literal de esta palabra que quiere decir al pié de la letra *sin calzones*, hemos juzgado oportuno sustituirle el término *descamisado*, como equivalente en significacion y aclimatado ya en nuestro idioma. (N. del T.)

La municipalidad revolucionaria de Paris, con el *maire* (1) al frente, admitida en la sala de la Convencion, decia:

« Montaña para siempre memorable en los fastos de la historia, « sed el Sinaí de los Franceses; lanzad en medio de rayos los « eternos decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo; agi- « taos y estremeceos á su voz. Montaña santa, sed el crater cuyas « abrasadoras lavas consuman los malvados y traidores. »

Y, continuando la misma metáfora, respondia el diputado Gaston:

« Paris, como el monte Etna, debe expeler de su seno la aris- « tocracia calcinada. »

Los ánimos se embriagaban poco á poco con el calor de la palabra, y se exaltaban hasta el delirio. Oigamos á Legendre: « Si « se presenta un tirano, morirá de mi mano; lo juro por Bruto. »

Y á Drouet: « Seamos bandidos para la felicidad pública, sea- « mos bandidos. »

No obstante, hay que observar que estos rasgos eran meros accidentes, y no hay que figurarse que todos los actores del drama revolucionario torciesen la boca y se agitasen como maniacos ó energúmenos.

Muchos de ellos, nacidos en el pueblo, ó cerca de este, conservaron siempre un amor invencible por la igualdad, una originalidad propia de fisonomía y lenguaje, una elocuencia enérgica y vehemente, una viveza en el ataque, una intrepidez de defensa, un admirable desinterés, una noble indigencia, un respeto por la soberanía nacional, un cariño filial por la patria, un renunciamiento heróico á los intereses de persona y localidad, un instinto generoso de gloria, una aspiracion á la unidad, y otras muchas prendas que en vano buscaríanse entre su posteridad.

Allí, entre los escuadrones girondinos, pues la Convencion era un campo de batalla, distinguíanse ilustres miembros, como Guadet, cuya elocuencia procedia del corazon, si bien emitia por intervalos vivos destellos, Guadet que, mirando cara á cara á Robespierre, le dijo:

« Mientras que correrá en mis venas una gota de sangre, tendré « el corazon demasiado audaz y el alma demasiado elevada para « no reconocer mas soberano que el pueblo. »

(1) Dignidad civil y administrativa análoga á la que desempeña n España nuestro corregidor. (N. del T.)

Louvet, escritor lleno de chiste y al mismo tiempo caluroso, orador vivo y brillante, que rompió el fuego con la Montaña con mas valor que prudencia.

Lanjuinais, Breton pertinaz (1), lleno de entereza, y publicista de mérito, que no sabia retroceder ante el peligro, ni transigir con los sofismas. Débil de cuerpo, pero naturalmente intrépido, luchaba con los miembros de la Montaña, voz contra voz, gestos contra gestos, aferrándose á la tribuna con invencible porfía. Como se viese injuriado del modo mas soez, y amenazado para que diese su dimision de diputado, dejo caer con magestad estas bellas palabras: «Sabed que la víctima adornada de flores y arras-«trada al altar, no era insultada por el sacerdote.»

Bazire que pronunció una expresion sublime.

El proyecto de Constitucion contenia lo siguiente: «El pueblo «francés nunca hace la paz con un enemigo que ocupa su terri-«torio.»

Mercier: «Semejantes artículos se escriben ó se borran con la «punta de la espada; ¿habeis acaso hecho un tratado con la vic-«toria?»

Bazire: «Lo hemos hecho con la muerte.»

Camilo Desmoulins, dotado de una imaginacion ardiente en exceso, pero de un corazon no menos sensible, que amaba con idolatría la libertad, y á sus amigos mas que á sí mismo; jóven entusiasta, que, con temeridad quiso hacer retroceder la Revolucion despues de haberle dado impulso, mas fue aplastado por el carro que llevaba la fortuna de Robespierre.

Tenia Camilo una fisonomía expresiva y el gesto oratorio; pero cierto estorbo en la lengua le impedia el uso de la tribuna, y su impetuosidad intelectual no le permitia trabar y poner en órden sus ideas en un discurso acertado y metódico. Libelista mas bien que orador, libelista ingenioso pero cínico, tal era Camilo Desmoulins. Animados, sencillos, vehementes, pero á menudo desprovistos de lógica y gusto, sus folletos son ya oscuros, ya brillantes, mas siempre incoherentes como los sueños calenturientos de un enfermo; á veces lleno de rechifla, naturalidad y gracia. En los últimos tiempos, tembló por los que temblaban, sufrió por los que sufrian, y adoptó los colores enérgicos de Tácito para pintar los tiranos del pueblo, hincando y revolviendo en sus heridas el puñal de la ironía, procurando inspirar la piedad, esforzándose en despertar los remordimientos, pero ya demasiado tarde; en vano se precipitó en el torrente para contenerlo y guiarlo, no pudo domeñar la onda espumosa ni contener la corriente arrastradora. Sepultado en los lóbregos calabozos del tribunal revolucionario, no ignorando la suerte que le aguardaba, solo deploraba la pérdida de su esposa Lucila á quien escribió esta carta patética cuyo final arranca las lágrimas: «Adios Lucila, «mi querida Lucila; siento alejarse de mi vista la ribera de la vida. «Aun veo á mi Lucila, aun la veo; mis brazos cruzados te estre-«chan, mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada en tu «falda reposa. Adios Lucila, voy á morir.»

(1) Los Bretones tienen en Francia la fama de ser porfiados y testarudos, como los Aragoneses en España. (N. del T.)

Vergniaud, inteligencia flexible y extensa, patriota sincero, orador elegante, melífluo, metafórico, tal vez demasiado metafórico, de quien la posteridad recuerda esta expresion:

«La Revolucion es como Saturno que devoraba á sus hijos.»

Y esta comparacion que peca por amplificacion y paráfrasis, pero que tan aplaudida fue en aquel entonces: «Si nuestros prin-«cipios se propagan con lentitud entre las naciones extranjeras, «es porque su brillo se halla oscurecido por sofismas anárqui-«cos, movimientos tumultuosos, y sobre todo por un vapor de «sangre.

«Cuando por primera vez se prosternaron los pueblos ante el «sol, llamándole Padre de la naturaleza, ¿pensais acaso que os-«curecian el astro benigno negras y apiñadas nubes precursoras «de destructoras borrascas? Ciertamente no: brillante de esplen-«dor y de gloria avanzábase en la inmensidad del espacio, espar-«ciendo en el universo la luz y fecundidad.»

Y su respuesta á Robespierre:

«Si culpables somos y no nos enviais ante el tribunal revolu-«cionario, haceis traicion al pueblo; si somos calumniados y no «lo declarais, ultrajais la justicia.»

Y esta apóstrofe:

«Temed que, en medio de vuestros triunfos, se asemeje la «Francia á esos famosos monumentos que en Egipto vencieron «el tiempo. El extranjero que pasa queda atónito al ver su gran-«deza; mas ¿qué encuentra si en ellos penetra? cenizas anima-«das y el silencio de la tumba.»

Búsquense, reúnanse todos los discursos oratorios, y se verá

que lo que á la multitud sorprende y enagena es la imágen, tanto en nuestras Asambleas legislativas como en cualquier otra parte.

Bajo otro punto de vista, Vergniaud era orador poco sustancial, poco túpido, desprovisto de trabazon y firmeza, flaco en la parte dialéctica, y poco apto á dominar esas Asambleas tempestuosas, en que la petulancia del gesto y la insolencia familiar del lenguaje acompañaban todos los discursos.

Como los demás Girondinos, cometió Vergniaud la falta irreparable de atacar las personas mas que las cosas, é irritar y abultar la Montaña por sus violencias. La posteridad vitupera ambos estos partidos que trocaron la sala de la legislatura en una arena de gladiadores.

En frente de los Girondinos, y en los bancos opuestos del anfiteatro, tenian sus asientos los miembros de la Montaña, sus enemigos mortales.

Allí estaba Barrère, redactor elegante de las victorias que organizaba Carnot; Barrère, que improvisaba proyectos, decretos y exposiciones, como Danton discursos; si bien menos hiperbólico en sus imágenes, mas castizo, mas literario, mas fiel á las reglas de la gramática y al decoro del idioma; osado á la vez y circunspecto, impetuoso y prudente, muy diestro en conocer de que parte soplaba el viento y en donde iba á descargarse la tempestad; diplomático astuto, y aun mas astuto diputado.

Notábase tambien Marat, hombre de instintos feroces, aspecto ruin y rostro ignoble, que repudiaba Danton y á quien no dignaba acercarse Robespierre; denunciador universal, que invocaba la *santa* guillotina, instigaba al pueblo al asesinato, y pedia por pasatiempo doscientas mil víctimas, la cabeza del rey y un dictador; ente vil, lleno de crueldad y de locura, y al mismo tiempo chocarrero y truhan sin dignidad ni freno, que se agitaba en su asiento como un energúmeno, se levantaba como sobresaltado, reia á carcajada tendida, asediaba la tribuna, insultaba al orador, fruncia las cejas, dejaba que lo coronasen ridiculamente con una corona de hojas de encina, y dirigiéndose á la Asamblea, repetia sin cesar con voz enfática : « Os recuerdo el pudor, si lo conoceis. »

A sus adversarios decia : « ¡Qué trinca de tunos! ¡qué marranos! ¡qué pandilla escapada de Bicetre (1)! » A un célebre orador le gritaba : « Silencio, pajaraco! » ó bien : « Tú eres un pícaro, un majadero; cállate, que chocheas. »

(1) Poblacion cercana á Paris, célebre en esta capital por su hospital de locos. (N. del T.)

Mas tambien es cierto que le volvian con usura sus ultrajes, y continuamente se oian resonar estas palabras : « Callad, infame, « malvado. »

Este monstruo causaba sobre todo horror á la Gironda, y la mayor parte de sus miembros lo trataban con el mayor desprecio, colmándolo de injurias, recibidas, es preciso reconocerlo, con calma y aun con un descaro insolente y desvergüenza mofadora. Marat no era orador, ni aun hablador vulgar, pero era polemista de algun talento, y tuvo mas de una vez bastante perspicacidad para reconocer los ambiciosos bajo la máscara que los disfrazaba, y bastante osadía para quitarles esta misma máscara.

Distinguíanse igualmente entre los miembros de la Montaña :

Billaud-Varennes, duro, áspero, atrabiliario, mártir de su fe republicana, el cual en Robespierre creyó inmolar un tirano;

Couthon, consejero de Robespierre, cuyo brazo era Saint-Just; paralizado de ambas piernas, y el solo incapaz de moverse entre tantos hombres de accion; Couthon que, sentenciado á muerte bajo el pretexto de haber aspirado al rango supremo, se contentó con decir irónicamente : « ¡ Yo, yo querer ser rey ! »

Saint-Just, republicano por conviccion, austero por temperamento, desinteresado por carácter, nivelador por sistema, tribuno en las Comisiones, intrépido en los campos de batalla. Su juventud, que casi rayaba en adolescencia se hallaba madura para grandes designios; su capacidad era superior á su situacion; un fuego sombrío brillaba en sus miradas; tenia un rostro melancólico, un gusto pronunciado por la soledad, una palabra llena de lentitud y solemnidad, un alma de hierro, una voluntad indomable, un objeto continuamente fijo ante sus ojos. Este jóven entusiasta elaboraba sus discursos con un dogmatismo estudiado, sembrándolos de fragmentos metafísicos sacados de Hobbes y Rousseau, uniendo á la violencia y medios positivos de la marcha revolucionaria, una filosofía social mezclada de imaginacion y sueños floridos.

Citemos algunas de sus expresiones : « El fuego de la libertad « nos ha purificado, como el crisol purifica los metales expeliendo « la espuma impura. »

Y esta palabra : « Osad. »

Y este movimiento :

« Las huellas de la libertad y del genio no pueden borrarse del « universo; el mundo estaria vacío desde los Romanos, si no lo « llenase la memoria de este pueblo heróico. »

Su acusacion contra Danton se halla dispuesta, ordenada y conducida con un arte infinito, por no decir infernal. Comienza por incriminar Bazire, Chabot, Camilo Desmoulins y otros, guardando Danton para el último. Al llegar á él, se detiene, contempla lo arduo de su empresa, reune todas sus fuerzas contra el gigante; vuelve átras, recoge sus pruebas, las precipita, las aprieta, las acumula, las agrupa en forma de haz como el hacha de los lictores, y, para apasionar á sus oyentes, apostrofa á Danton como si se hallase presente, como lo haria un acusador criminal en una sala de audiencia; despliega la lista de sus traiciones supuestas, conjuraciones y delitos; descubre su vida privada, repite sus palabras aun las mas confidenciales; lo denuncia, lo infama, se niega á oirlo, no lo oye; lo juzga, lo condena, lo arrastra al suplicio, le corta la cabeza con su discurso mejor que hubiera podido efectuarlo con el hierro cortante de la guillotina. En todo esto el papel que desempeña Saint-Just es poco decoroso, es preciso confesarlo, y la Convencion que unánime vota la acusacion de Danton, ¿era libre al votar?

Robespierre, orador diserto, ducho en arengar en los clubs y tribunas, paciente, taciturno, disimulado, envidioso de la superioridad agena, naturalmente vano, dueño de la discusion y de sí mismo, no dejando mas respiradero á sus pasiones que exclamaciones sordas; ni tan desprovisto de mérito como pretenden sus enemigos, ni tan grande como aseguran sus partidarios; provisto de un excelente concepto de sí mismo, hablando en demasía y de un modo muy ventajoso de su desinteres, patriotismo, servicios, virtud, justicia; consiguiendo siempre, y con maña, presentar su persona, despues de laboriosos circuitos, á la atencion general, y cargando continuamente sus discursos con el abrumante peso de su personalidad.

Robespierre escribia sus informes, recitaba sus arengas, y solo improvisaba en las réplicas.

Poseia el talento de trazar con maña el cuadro exterior del mundo político, tal vez aventajaba á sus colegas como hombre de estado, y, sea vago instinto de ambicion, sea sistema, sea repugnancia final de la anarquía, aspiraba á la unidad y á la fuerza en el poder ejecutivo.

Su manera oratoria rebosaba de recuerdos procedentes de Grecia y Roma, y los adolescentes, salidos apenas del colegio, que poblaban la Asamblea, escuchaban atentos, y con la boca abierta, esas alusiones históricas. ¿Quien pensaría en el dia en hablar en la tribuna, sin dejar asomar á sus labios la risa, de los Cretenses, de Lacedemonia, del dios Minos, del general Epaminondas, de los senadores romanos de larga toga, del buen Numa y de la ninfa Egeria?

Interpelado por Vergniaud, que le decia : « Concluid... » — « Sí, replicó Robespierre, voy á concluir y contra vos... » Y enumerando sus acusaciones, se elevó esta vez Robespierre á la verdadera elocuencia. Pero las mas veces su fraseología era falsa y declamatoria.

Así decia que : « Los Girondinos convocaban de todas partes las *serpientes* de la calumnia, la *hidra* del federalismo, el *monstruo* de la aristocracia. » Estas cuatro figuras acumuladas en la misma frase, son ridículas y de pésimo gusto. Figurémonos á Robespierre con semejante lenguage en la tribuna actual; ni dos minutos se le escucharia, y pereceria bajo lo risa que es peor que los silbidos.

Robespierre se interrumpia de repente en medio de sus discursos para apostrofar al pueblo, como si el pueblo se hallase allí presente; en estas ocasiones hacia gran consumo de retórica, y pronunciaba grandes retazos de virtud, verdaderas reminiscencias de J. J. Rousseau.

A menudo procedia por prosopopeyas y otras figuras que pueden brotar en el calor de la accion oratoria, figuras que pintan vivamente el pensamiento, si bien echan á perder una disertacion; no obstante, á veces, revestia sus imágenes de una forma elegante : « ¿Hay alguien que calumnie el astro del dia porque se deslicen « algunas ligeras nubes sobre su disco brillante? »

No es menos bello este pensamiento : « La razon del hombre es « como el globo que habita : la mitad se halla sepultada en las ti- « nieblas, cuando la otra mitad está iluminada. »

¿Pero hay algo que cuadre menos en un discurso que esas alusiones, prolongadas en exceso, á los hombres y cosas de la antigüedad? « ¡Cobardes! se atreven á denunciar los fundadores de « la República! Los Tarquinos modernos osan decir que el senado « romano era una faccion de facinerosos. Tambien los siervos de « Porsena trataban de insensato á Escévola. Segun los manifiestos « de Jerges, Arístides robó el tesoro de la Grecia. Llenas las manos « de rapiña y chorreando de sangre romana, Octavio y Antonio